

Instituto de Investigación Gino Germani

VI Jornada de Jóvenes Investigadores

10,11 y 12 de noviembre de 2011

BARD WIGDOR, Gabriela, gabibw@hotmail.com

BARRIONUEVO, Laura, laurabarrionuevo85@gmail.com

ECHAVARRÍA, Corina, c.echavarria@conicet.gov.ar

CIECS Centro de Investigación y Estudios sobre la Cultura y la Sociedad/CONICET

Eje 8. Conocimientos y saberes

¿Cuáles son las cadenas que tenemos que perder? Reflexionando sobre las praxis emancipadoras en las prácticas de investigación.

Este trabajo responde a una preocupación de las autoras entorno al carácter emancipatorio de la praxis de la investigación social y la relevancia de los espacios de intersubjetividad que construyen dichos procesos. Considerando que nociones como las de emancipación, praxis, construcción intersubjetiva del conocimiento, son excepcionales en el marco de los modelos de investigación tradicional -que para los fines de este trabajo denominaremos Positivista-.

El positivismo entiende a la investigación social en el marco de una relación objetivante del otro/a que se orienta al control del cambio social y se basa en criterios de validación exógenos y universales. En este contexto, las definiciones y teorías se asumen como dogmas a partir de los cuales se intenta medir y controlar la “realidad”, como forma de “conocerla” o “comprenderla”¹. De este modo, teorías, leyes, conceptos y métodos se convierten en “fetiches”, en objeto de culto supersticioso y excesivo que condicionan, sino determinan, la forma de conocer.

En más de una oportunidad los investigadores por falta de claridad en los marcos de referencia o rigidez conceptual y de métodos, buscan en la realidad aspectos o indicadores que les permitan validar sus marcos epistemológicos y, de esta manera, adaptan la realidad a construcciones e interpretaciones de otras épocas y contextos sociales. Creemos que trabajar con conceptos considerados estables o permanentes, intentando construir una descripción “correcta, compleja y objetiva” de los hechos es una elección que limita las oportunidades de la generación de conocimiento crítico.

¹ Wallerstein (2007), destaca que la institucionalización de las ciencias sociales en la modernidad se orientó a la comprensión e influencia en el “cambio normal”, esto es, en las revueltas antisistémicas, que desde entonces perderían su carácter de excepcionalidad para la burguesía dominante y, en tal sentido, buscaban la oportunidad de controlarlas y/o retrasarlas.

Así las cosas, entendemos junto a los autores que podremos en discusión en este texto que es conveniente buscar alternativas epistemológicas que permitan acercarse a la realidad, no para describirla y controlarla, sino para comprenderla y transformarla. Buscamos propuestas alternativas a la hegemónica, que nos permitan pensar nuevos horizontes que guíen la investigación. Para esto, recuperamos como antecedente el pensamiento social crítico en América Latina; que pone en cuestión el mito civilizatorio eurocéntrico del conocimiento (formalizado en el canon científico como cristalización de la articulación saber-poder). A partir de esta posición, es que nos proponemos recuperar de marcos epistemológicos diferenciados, sin la pretensión de alcanzar definiciones clausuradas, lo cual sería a priori contradictorio con la propuesta, sino integrarnos a las construcciones colectivas que actualmente continúan reformulándose. Finalmente, integramos propuestas que articulan, desde una epistemología diferenciada, la investigación como praxis liberadora.

PRIMER APARTADO

*“Nadie libera a nadie,
ni nadie se libera solo,
los hombres se liberan en comunión”.*

Paulo Freire

Alimentadas por vacíos inquietantes, propios de las sistematizaciones ajenas de la obra de Freire, y con la convicción y reconocimiento de que su propuesta emerge como un horizonte alternativo para pensar y actuar no sólo a los movimientos y organizaciones sociales en Argentina sino también a quienes buscamos vinculamos con ellos desde la práctica de la investigación en términos emancipatorios, iniciamos nuestro camino de reconstrucción de la teoría de la acción dialógica. Privilegiamos en este cometido trabajar la articulación dialéctica Oposición – Diálogo – Liberación, tomando este último momento como análogo al momento emancipador o transformador en la construcción del conocimiento; animadas por las palabras introductorias del autor, en la Pedagogía del Oprimido, en las que destaca: “El hombre radical, comprometido con la liberación de los hombres, no se deja prender en “círculos de seguridad” en los cuales aprisiona también la realidad. Por el contrario es tanto más radical cuanto más se inserta en esta realidad para, a fin de conocerla mejor, transformarla mejor. [...] No teme el encuentro con el pueblo. No teme el diálogo con él, de lo que resulta un saber cada vez mayor de ambos. (FREIRE: 2002, 26)

- El hombre y la mujer en situación de opresión

La situación de opresión de hombres y mujeres es resultado de la consolidación de una relación deshumanizante, donde el conocimiento que tienen de sí mismos y de su situación es perjudicada por su inmersión en una realidad impropia, la realidad opresora, en la cual se encuentran acomodados y adaptados. El elemento básico que caracteriza esta situación es la “prescripción” o la imposición de la opción de una conciencia a otra. De esta manera, esos hombres y mujeres siguen pautas ajenas que asumen como propias. La característica de los oprimidos, afirma el autor, es el “dualismo”: “*são ao mesmo tempo eles mesmos e o opressor, cuja imagem interiorizam*” (FREIRE, 2005: 71).

En tal sentido, la estructura de su pensamiento se ve condicionada por una situación existencial que los manipula. Sin embargo, advierte el autor, los hombres y mujeres conocen sus condicionamientos. Son “seres en situación” y “son porque están en situación” (Freire, 2002: 131), porque se encuentran enraizados en condiciones temporales y espaciales que los marcan y viceversa.

La manipulación, afirma Freire (2002: 188) “es un instrumento de conquista” a través del cual el opresor busca conformar a hombres y mujeres con objetivos que no les son propios; refiere a la adopción mimética de fines o valores externos a los mismos o, como afirmáramos, a la “inmersión” en una realidad que es ajena a su condición. Así, permanecen condicionados, desde una perspectiva individualista, por el orden vigente donde son-para-otros en formas instrumentales y, por ende, objetivantes de relación.

La falta de valoración (“*desprezo*”) de sí mismos es otra de las características de la situación de opresión, concomitante con la interiorización de la opinión que de ellos tienen los opresores, según la cual se entienden “incapaces” y poseedores de “creencias difusas, mágicas”, por tanto, podríamos decir, desprovistos de un saber significativo. (FREIRE, 2005: 71)

En su vida personal y social los oprimidos encuentran obstáculos, barreras que se hacen necesario preciso vencer, a las que Freire llama “situaciones límite”, frente a las cuales los oprimidos pueden asumir diversas actitudes: perdidos en una visión fatalista, percibir las como un obstáculo que no pueden o quieren superar, o bien, desde una perspectiva crítica visualizarlas como algo que saben que existe y que es preciso romper. En el primer caso, las situaciones adversas se presentarían a los hombres como un determinismo histórico al cual no cabría otra alternativa más que la adaptación. En el último caso, desafiados a resolver de la

mejor manera posible, en un clima de esperanza y confianza, los problemas de la sociedad en la que viven decidirían actuar. Freire llama, entonces, “actos límites” a las acciones necesarias para romper las citadas “situaciones límites”. Por lo tanto, los actos límites se dirigen a la superación y a la negociación de lo dado.

En este marco, señala Freire, la esperanza de rehacer el mundo es fundamental en la lucha de los oprimidos y las oprimidas. La praxis aparece aquí como el vehículo posibilitador hacia un horizonte emancipador: “Es necesario, recalquemoslo”, que se entreguen a la praxis liberadora.” (Freire, 2002: 40)

- Nombrar el mundo a través del diálogo

“La palabra como comportamiento humano,
significante del mundo,
no sólo designa a las cosas, las transforma;
no sólo es pensamiento, es praxis”.
(FIORI, 2002: 16)

En la perspectiva freireana hombres y mujeres son seres históricos, incompletos, inacabados, que se hacen y rehacen socialmente. La dinámica de la transformación es permanente en caminos que parten del encuentro con el otro y comienzan “rompiendo el aislamiento” en nuestra localidad, en nuestro barrio o vecindad. (Freire, 2006: 51) Explica Fiori, en la introducción a la Pedagogía del Oprimido, que “la intersubjetividad en que las conciencias se enfrentan, se dialectizan, se promueven, es la tesitura del proceso histórico de humanización. [...] La palabra, por ser lugar de encuentro y de reconocimiento de las conciencias, también lo es de reencuentro y de reconocimiento de sí mismo” (FIORI, 2002:14, 17).

Así, el supuesto básico de la teoría de la acción dialógica es la “intercomunicación”. Desde una perspectiva dialógica, destaca el autor, no es posible hablar de actor en singular, ni de actores en general, sino de actores en intersubjetividad. Actores que, mediante la comunicación, reconocen al otro y se reconocen a sí mismos en el otro y, en este diálogo, desarrollan “el sentir común de una realidad que no puede ser vista, mecanicistamente, separada, simplistamente bien “comportada”, sino en la complejidad de su permanente devenir” (FREIRE, 2002: 130).

El diálogo gana importancia precisamente porque los sujetos dialógicos no sólo conservan su identidad, sino que conscientes de su “incompletitud” e “inacabamiento”, conocen lo que es diferente de sí mismos y de esa manera se reconocen a sí mismos, creciendo el uno con el

otro. Esto implica un respeto fundamental de los sujetos involucrados en diálogo, por lo que cualquier forma de autoritarismo rompería o impediría su constitución; y una relación horizontal y democrática, como condición de posibilidad de que la persona se abra al encuentro con el otro, al pensar del otro. Como afirmamos anteriormente, el diálogo es la herramienta para no permanecer en el aislamiento.

En este contexto, los diálogos con potencial transformador: parten de la “curiosidad”, característica de la experiencia vital de los hombres y motor del conocimiento; se refieren a asuntos vinculados a las “situaciones límites” que constituyen la situación de opresión, en una reflexión que equivale a pensar la propia condición de existir. En este sentido, es el reconocimiento de los límites que la realidad impone al desarrollo de su humanidad, la del oprimido, lo que se constituye en el motor de la “acción liberadora”. El éxito de la acción comunicativa del hombre situado da contenido al proceso de entendimiento intersubjetivo: la superación de los determinismos, permite visualizar lo que Freire denomina la “frontera entre el ser y el ser más” (inéditos viables). Esto es, algo colectivamente definido en cuya dirección se dirigirá la acción. De esta manera, explica Fiori (2002: 16): “El destino, críticamente, se recupera como proyecto”. La praxis que es reflexión y acción, es la verdadera fuente de creación y conocimiento del hombre sobre el mundo para transformarlo, para superar la contradicción opresor-oprimido.

Así la “lectura del mundo”, desde el punto de vista que nos interesa en este trabajo, aquello que va permitiendo el desciframiento cada vez más crítico de la o las situaciones límite, según lo expuesto, no puede ser solamente la de los académicos –ya sea como un ejercicio complaciente o como una imposición a los oprimidos. Existen diferentes lecturas sobre el mundo, que pueden ser antagónicas, y es aquí donde el diálogo como relación de horizontalidad y respeto por el otro/a adquiere de central importancia. En síntesis, lo que “defiende” la Teoría Dialógica de la Acción, según el propio autor, “es que la denuncia del ‘régimen que segrega esta injusticia y engendra esta miseria’ sea hecha con sus víctimas a fin de buscar la liberación de los hombres en colaboración con ellos” (2002: 222)

- Una transformación libertaria

*“Os oprimidos não obterão a liberdade por acaso,
senão procurando-a em sua práxis
e reconhecendo nela que
é necessário lutar para consegui-la”*

(Freire, 2005: 67)

Según lo expuesto, la concientización es para Freire (2005: 29) un “acto de conocimiento, una aproximación crítica de la realidad”, que mediante la expulsión de la conciencia alojada, demanda la presencia de un contenido diferente: “su autonomía” o responsabilidad. “La liberación auténtica, que es la humanización en proceso, no es una cosa que se deposita en los hombres. No es una palabra más, hueca, mitificante.” (Freire, 2002: 37, 84) Porque el hombre llega ser sujeto en la medida en que reflexiona sobre su situación concreta y, en tal sentido, se compromete para transformarla. La emancipación es praxis que implica la acción y la reflexión de los hombres para la transformación.

En este sentido, el autor destaca que “alanzar la comprensión más crítica de la situación de opresión todavía no libera a los oprimidos. Sin embargo al desnudarla dan un paso para superarla, siempre que [los oprimidos] se empeñen en la lucha política por la transformación de las condiciones concretas en que se da la opresión.” (Freire, 2009: 49) Porque es en el acto de adhesión a la transformación intersubjetiva del mundo, que se pone en juego el reconocimiento del por qué y el cómo de la situación de sumisión, lo que permite superar la fragmentación ideológica que los sujetos experimentan en el cotidiano, tanto entre sí, como de su unidad bio-psico-espiritual, de sus prácticas, etc. Se promueve entonces la búsqueda de la unidad y, consecuentemente, afirma el autor, se busca también la organización.

Es que el proceso de transformación dialógicamente concebido, el acto de liberación, de emancipación, en este sentido, no viene de fuera y tampoco es individual. Afirma Freire (2005:38), no es auto-liberación, nadie se libera solo, se trata de acción y reflexión en común, un compromiso de todos en la creación y recreación de la realidad. Entonces, entregarse a la praxis liberadora, a la praxis auténtica, a la “acción rebelde” no es ni activismo, ni verbalismo sino acción y reflexión conjunta, de los hombres, sobre el mundo para transformarlo: “*a procura temática implica na procura do pensamento dos homens, pensamento que se encontra somente no meio dos homens que questionam reunidos esta realidade. Não posso pensar no lugar dos outros ou sem os outros, e os demais não podem pensar em substituição aos homens.*” Así, no niega Freire el papel de la subjetividad en la lucha por la modificación de las estructuras, sino que afirma que subjetividad y objetividad se encuentran en permanente dialecticidad.

A través de su permanente quehacer transformador de la realidad, hombres y mujeres simultáneamente crean la historia, y se hacen seres históricos sociales. Como afirma el autor:

“*não existe homem no vazio*” (2005: 39) y, fundamentalmente destacará más tarde, ni puede el hombre materializar su sueño si no actúa, “la esperanza no existe en la pura espera. Fuera de hacer el mundo con mi praxis al lado de otras praxis, no hay como tener esperanzas... Llega un momento que la esperanza es ya la transformación...” (Freire citado en Balbo & Bianco, 2006: 9-10)

SEGUNDO APARTADO: Entre el saber opresor y las decisiones epistemológicas que parten al encuentro con el otro.

La construcción de conocimientos y el desarrollo de un sistema de ideas son el resultado, sin duda, de especulaciones y motivaciones que no pueden ser atribuibles a la simple espontaneidad; su potencial crecimiento y anclaje se asientan sobre decisiones conscientemente tomadas y asumidas de distintos sectores que disponen de recursos de poder y los usan en el sentido de proveer, en algún sentido, mejoras superlativas para la sociedad. Pero no siempre estas mejoras son, benefician o están efectivamente disponibles para todos y todas (Peyloubet, 2010). Significativamente, la producción de conocimiento como resultado, por un lado, se presenta como una mercancía, es decir, un bien apropiable por un sector privilegiado, lejos del alcance de la sociedad en su conjunto. Por el otro, su se establece a partir de parámetros excluyentes de tipo mercantiles u académicos, desvinculado a la utilidad social que este tiene; o del valor que los sectores a quienes está destinado el conocimiento le otorgan.

Lechner (1984/ 1988), al poner en tensión la política como una construcción intersubjetiva inacabada, nos permite a pensar analógicamente el proceso de investigación. Esto es, poner en cuestión el lugar que ocupa quien investiga, cuáles son los paradigmas que se vuelven dominantes en la comunidad científica, quién ocupa la posición de autoridad en la misma, así como también el lugar de las resistencias y de los paradigmas contra-hegemónicos. En este sentido, por ejemplo, el autor advierte que quien posee el conocimiento está investido de autoridad, esto es, quienes toman las decisiones en torno de la construcción del conocimiento establecen una relación de poder frente a quien lo “ignora”. Desde este lugar de conocimiento-poder el sujeto que conoce, el investigador, puede clasificar y (des)calificar al otro. De esta manera, conocer quién produce conocimiento es central, ya que se trata de hacer evidente quién está comunicando, interviniendo y performando la realidad, que al ser informada es (des)formada por el interés del que conoce y las estructuras teóricas y metodológicas en que esto se traduce. En este sentido, el conocimiento es poder, poder que es

capaz de performar las relaciones sociales en diferentes direcciones.

Se hace necesario poner en cuestión la preeminencia del contexto de justificación de un conocimiento que sólo considera como legítima la preocupación por la lógica consecución de los pasos en la investigación, entendidos como necesarios para el logro de los resultados susceptibles de ser reconocidos y las formas de validación de lo que se produce. Dado que falta de centralidad del contexto de surgimiento, solapa la historicidad del surgimiento de una propuesta de investigación, del problema que define y de las hipótesis que lo orientan. Es en este sentido, que adquiere importancia la reflexión con otros del qué, el para qué, el para quién y el cómo de una investigación; lo cual nos permitiría dar cuenta de su contexto económico, político, cultural, institucional, del paradigma dominante de la ciencia en ese momento histórico, así como de las necesidades e intereses sociales a los que se busca dar respuesta, etc. Ya Horkheimer advertía el condicionamiento de las posibilidades de previsión de la ciencia, no a su rigurosidad sino a las estructuras y circunstancias sociales de su época, a las condiciones generales de la sociedad: “Cuando el concepto de teoría se autonomiza, como si se pudiera fundamentar a partir de la esencia interna del conocimiento o de algún otro modo ahistórico se transforma en una categoría reificada, ideológica.” (1976: 29)

También, la vida cotidiana es fundamental en el campo de análisis del conocimiento y de los contextos en los cuales estos poderes y las experiencias emergen, porque permite poner de relieve no sólo la dinámica de la relación sujeto-sujeto en la construcción del conocimiento sino, además, la relación entre la práctica de las personas y sus condiciones de vida. En esta dirección se ofrecen condiciones de posibilidad para la emergencia de nuevos ejes de indagación y reflexión orientados en función de aquellos temas y problemas vinculados a grupos sociales concretos y proyectos de vida locales (por ejemplo: una barriada que quiere construir una plaza, un grupo de mujeres que busca hacer un comedor comunitario, etc). En este punto, se hace central abandonar la posición de poder y no presumir que, como investigadores/as, se dispone de las herramientas o conocimientos necesarios y suficientes para conocer las formas en que los sectores populares problematizan su condición de existencia e identificar sus prioridades.

En un contexto positivista, lo importante es hacer progresar la ciencia, la producción de conocimiento (Klimovsky, s/d: 15 y ss). Así, un conocimiento es científico cuanto más se despegas del sentido común, dando por supuesto que es posible pensar sin ser atravesado por el mismo. En tanto que, el presupuesto de un conocimiento socialmente relevante nos remitiría a

investigar lo que “la gente” necesita, interpelando la legitimidad de origen del saber.

Algunos autores como Santos y Zibechi consideran que la investigación debería partir de las aspiraciones e intereses de los pueblos oprimidos y, justamente, poner en cuestión la jerarquía entre conocimiento científico y el denominado común o vulgar. De lo que se trataría entonces es de reconocer que es a partir del sentido común y el conocimiento práctico, que orientamos nuestras acciones cotidianas y damos sentido a nuestras vidas, que es posible generar conocimiento socialmente relevante. Esto, sin desconocer que, como advierte Santos (2009:36), pese a su contenido conservador y mistificador, de dicho conocimiento posee también “(...) una dimensión utópica y liberadora que puede ser ampliada a través del conocimiento científico”.

No obstante lo dicho, cuando el eje de la ciencia tradicional recupera el “descubrimiento”, este momento es entendido como un hallazgo que “el científico” realiza en la sociedad pero fuera de ella, auxiliado por conjeturas innovadoras. Desde esta posición se sostiene que no existe un algoritmo² o pasos para realizar descubrimientos. Como plantea Sirvent (2004) para el positivismo, el descubrimiento así promovido sería reducido a un "Eureka", un evento momentáneo no racional, que define una visión elitista de la ciencia siempre que el descubrimiento es propio de algunas mentes seleccionadas. Además, destaca la autora, esto genera y refuerza la convicción de que en las prácticas investigativas habría que preocuparse por el uso de técnicas de verificación, más que por la capacidad de diálogo, creatividad y construcción colectiva. En este sentido, Santos (2009), nos propone pensar la tarea de investigación como recuperación de saberes que circulan. Así, mientras para el positivismo es el científico a quien se le presentan los problemas y a quien se le “ocurre” cómo abordarlos y solucionarlos; las nuevas propuestas epistemológicas recuperan el origen dialógico del conocimiento; de un diálogo entre el pueblo, el sentido común y la ciencia, entre la profesión, la praxis y la experiencia. Nuevamente, se pone en cuestión la relación de poder autoridad:

“El concepto de descubrimiento, guarda una idea de relación de poder con saber, es descubridor quien tiene mayor poder y saber y por lo tanto, capacidad de declarar al otro como descubierto. Es la desigualdad del poder y del saber la que transforma la reciprocidad del descubrimiento en apropiación del descubierto. En este sentido, todo descubrimiento tiene algo de imperial, es una acción de control y sumisión”. (Sousa Santos, 2009: 213)

² En el sentido, usado por Sirvent (2004) al discutir los contextos de descubrimiento y situación problemática, de una lista de instrucciones como un número finito de pasos que convierte los datos de un problema en una solución única o salida.

Autores provenientes de la llamada investigación -militante, como Salete (citado en Zibechi, 2007), recuperan precisamente el carácter colectivo y plural del proceso creativo, la dependencia de la investigación de la reflexividad de las prácticas que alcanzan los sujetos que acceden y participan en su proceso colectivo de construcción del conocimiento. En definitiva, del potencial transformador o político de una “acción”, que en el sentido arendtiano, no puede tener lugar en el aislamiento, sino en un mundo que ya estaba antes y que continua después, en el cual el investigador y el conjunto de sujetos que participan de la construcción de conocimiento ponen en movimiento más de lo podían prever. En este sentido, además, los resultados de la práctica de investigación son claramente ilimitados e impredecibles en sus consecuencias y representan el inicio de una cadena de acontecimientos capaz de hacer aparecer lo “inédito”.

En analogía a la propuesta de Salete para los movimientos sociales, de lo que se trataría es de «transformarse transformando», en un tipo de práctica de investigación donde todos los espacios, todas las acciones y todas las personas, productores de conocimiento son “espacio-tiempos” y “sujetos pedagógicos” (Salete citado en Zibechi, 2007: 31). Nuevamente, se pone de relieve la premisa de que los/as sujetos no son objetos del orden social, sino sujetos políticos; en tal sentido, los procesos de construcción de conocimiento, particularmente las experiencias de investigación darían lugar a la construcción de resistencias y nueva subjetividades alternativas a la dominante. (cf. Lechner, Salete, Zibechi).

Además, la centralidad de las resistencias como parte de la investigación, inaugura la figura del Militante Investigador o la construcción del investigador militante, cuya pretensión está centrada en el desarrollo de una labor a la vez teórica y práctica, orientada a la coproducir los saberes con los/as sujetos en sus vidas cotidianas, en las luchas que despliegan a diario, recuperando los problemas que padecen; mientras que en el canon hegemónico, la ciencia parece no tener relación con los sentimientos, la emoción, el arte, etc. Esta deberá sostenerse, como afirmáramos anteriormente, en las técnicas sólidas y rigurosas de investigación, en una teoría que a modo de “un corset” circunscribe las posibilidades de la observación, de las relaciones posibles de ser realizadas y las inducciones avaladas. En tanto que las propuestas alternativas remiten no sólo al constructo teórico aislado, sino enfatiza la explicitación de sus relaciones con la manera de pensar que el investigador va construyendo sobre el mundo cotidiano, el sentido común, las representaciones colectivas, etc. (Sirvent, 2004)

Frente a la existencia de conocimientos alternativos, prácticas políticas subalternas y

experiencias de vida contra hegemónicas, que se desarrollan en las periferias del poder y que desafían al statu quo, Santos (1999) sostiene la necesidad de una teoría social que recupere las experiencias no valoradas y los conocimientos silenciados, a partir de una nueva racionalidad que valore las diferentes formas de vida que existen, saberes y experiencias que se encuentran activamente ignoradas por la racionalidad dominante.

Finalmente, para la investigación tradicional, **el contexto de aplicación del conocimiento**, debe ser de carácter universal, no ligado a hechos singulares o aislados, sino que debe dar cuenta de la estructura general de lo real. Por oposición, desde una lectura macro Santos (1999) sostiene que debemos construir un conocimiento impregnado de identidad, interés por la realidad latinoamericana y que, en tal sentido, nuestro pensamiento no podría dejar de pensarse anticolonialista y antiimperialista: *“O nosso lugar é hoje um lugar multicultural, um lugar que exerce uma constante hermenêutica da suspeição contra supostos universalismos ou totalidades.* (Santos, 2002: 27) Coincidentemente, los feminismos postcoloniales, afirman que quien conoce es alguien que está en una determinada posición o circunstancia. El conocimiento no se genera desde un no lugar, ni es universal, son sus compromisos con valores y proyectos (antiautoritarios, antielitistas, participativos, emancipadores) que aumentan la pretendida “objetividad” de la ciencia.³

En la forma de hacer ciencia tradicional, la cualidad del conocimiento se mide por lo que este controla, valida o hace funcionar en el mundo exterior. Se trata de un tipo de conocimiento reconocido por la capacidad de dominar y por su despreocupación de la capacidad de comprender profundamente lo real. De esta manera, sostiene Sousa Santos (2009), privilegian cómo funcionan las cosas en desmedro de cuál es el agente o cuál es el fin de las cosas, en una decodificación de lo social donde el espacio de la solidaridad es semantizado como caos y el colonialismo como orden. En tanto que el conocimiento emancipación no pretende reducir la realidad a lo que existe sino que busca crear un campo de posibilidades alternativas a lo empíricamente dado, trasladando el foco de su interés del espacio de la productividad a los ámbitos domésticos, de la familia, de las relaciones sociales entre pares, donde permanecen invisibilizadas relaciones de poder y dominio, necesidades y problemáticas que es necesario indagar.

TERCER APARTADO: La investigación y la transformación social

³ En el ámbito de las teorías feministas, la crítica a los supuestos androcéntricos y a los sesgos sexistas de las investigaciones, junto a la pretendida objetividad y neutralidad valorativa es un punto central de crítica.

*“Toda idea filosófica, ética o política
que ha sido cortada de su ligazón con sus orígenes históricos
tiende a tornarse núcleo de una nueva mitología.”*
(Horkheimer, 1976: 38)

Considerando que es central debatir el lugar que debe ocupar la investigación social en el contexto actual, que busque una la articulación posible entre la producción de conocimiento, el compromiso intelectual y las prácticas de transformación social, creemos que se torna ineludible profundizar en la búsqueda de elementos que aporten a la construcción de una propuesta alternativa que viabilice la construcción de un pensamiento emancipador. ¿Cómo hacer de la investigación una herramienta que acompañe y potencie los procesos de transformación social?

Nuevamente, los desarrollos de otro pensador latinoamericano, Orlando Fals Borda, nos resultan centrales si de lo que se trata es de la producción de nuevas bases epistemológicas del pensamiento. Particularmente, en lo que respecta a la promoción de la propuesta de Investigación Acción Participativa [IAP]⁴; antecedente inmediato de otra experiencia de investigación que comienzan a desarrollarse en la actualidad latinoamericana: la Investigación Militante [IM]⁵. Partiendo de los elementos destacados por ambas propuestas, sistematizamos a continuación aquellos ejes que consideramos centrales en nuestra búsqueda: centralidad de las reflexiones en torno de las relaciones de poder; construcción intersubjetiva inacabada del saber; el carácter situado de la experiencia de investigación; la relevancia de los problemas vinculados grupos sociales subalternos u oprimidos; el diálogo de saberes, en el que adquieren centralidad el sentido común y las resistencias; y la utilidad social del conocimiento en términos de su potencial transformador.

1- Las relaciones de poder de la investigación social

⁴ Fals Borda (1979: 268 y ss) encontró la base de su respuesta en la aplicación del método dialéctico a través de pasos alternos y complementarios, con el propósito de “evitar que las categorías nuevas se vayan acomodando a formas viejas de pensamiento, lo cual es indispensable a la hora de contribuir a la creación de nuevos marcos epistemológicos”. Esto implica: a- propiciar un intercambio entre conceptos conocidos, o preconceptos, y los hechos o sus percepciones con observaciones adecuadas al medio social; b- garantizar una correlación constante entre dichos conceptos y la realidad con la cual se está trabajando; c- reflexionar sobre el conjunto conceptual experimental a fin de deducir conceptos más adecuados u obtener sobre mayor entendimiento sobre viejos conceptos o teorías; y d- volver a comenzar el ciclo de investigación para culminar en la acción.

⁵ El Colectivo Situaciones sintetiza su propuesta de la siguiente manera: “Si nos referimos al compromiso y el carácter “militante” de la investigación, lo hacemos en un sentido preciso, ligado a cuatro condiciones: a- el carácter de la motivación que sostiene la investigación; b- el carácter práctico de la investigación (elaboración de hipótesis prácticas situadas); c- el valor de lo investigado: el resultado de la investigación sólo se dimensiona en su totalidad en situaciones que comparten tanto la problemática investigada como la constelación de condiciones y preocupaciones; y d- su procedimiento efectivo: su desarrollo es ya resultado, y su resultado redundante en una inmediata intensificación de los procedimientos efectivos.” (MTD Solano y Colectivo Situaciones, 2002: 13-14)

El investigador/a no debería ocupar un lugar privilegiado de poder, asociado a su facultad de concentrar en su objeto de investigación el único foco de reflexión. El investigador puede ser al mismo tiempo sujeto y “objeto” de su propia investigación, experimentar directamente el efecto de sus trabajos y reflexionar sobre su posición en el proceso de construcción de conocimiento. La reflexión y revisión constante sobre la posición que ocupa como investigador/a, se fortalece al buscar la realidad en terreno, donde se va fundando paulatinamente cierto compromiso entre los sujetos (puede leerse como el compromiso de la investigación con la realidad, compromiso con un horizonte de transformación).

La radicalidad de la propuesta, tanto de la IAP como de la IM, consiste en que el investigador debería abandonar las decisiones unilaterales acerca del diseño, el lugar y el momento u oportunidad de su investigación, construyendo un proceso de investigación en horizontalidad, abriéndose al diálogo con los otros sujetos que participan activamente del proceso, a aquellos que justifican su presencia y su contribución a las tareas concretas, ya sea desde la acción o la reflexión.

2- Co-construcción intersubjetiva e inacabada del conocimiento

La investigación es un proceso social que se somete a verificación en la propia práctica, para ser modificado y enriquecido colectivamente. Consecuentemente, en términos metodológicos la investigación podría subdividirse en tres partes: a- formulación de hipótesis iniciales; b- contacto con las personas, verificación colectiva de las hipótesis; c- crítica y enriquecimiento de las mismas (Approdi y Otras, 2004: 71). Considerando que la intersubjetividad de la producción de conocimiento afecta y modifica los cuerpos, las subjetividades de todas aquellas personas que participan del contexto de creación de ese conocimiento: “la coproducción de conocimiento crítico genera cuerpos rebeldes. El pensamiento colectivo sobre las prácticas de rebeldía da valor y potencia a esas mismas prácticas. El pensamiento colectivo genera práctica común. Por lo tanto, el proceso de producción de conocimiento no es separable del proceso de producción de subjetividad” (Approdi y Otras, 2004: P35)

El desafío se centra en el reconocimiento de los actores que protagonizan dicha realidad, en el establecimiento de vínculos sólidos que permitan ir construyendo un colectivo capaz de generar procesos de reflexión-acción. En tal sentido, resulta primordial tener en claro como investigador “con quien” y “para que” se trabaja.

3- Un conocimiento situado en la vida cotidiana y en las experiencias cotidianas de los sujetos.

El esfuerzo debe dirigirse en el sentido de la comprensión de la situación histórica y social de los sectores populares; esto es, el “método” de investigación no debe abstraerse del contexto del que nace porque, como plantea Fals Borda (1979), terminaría transformándose en un obstáculo a la hora de articular experiencia y pensamiento, análisis y práctica; así como los conceptos adquieren relevancia en tanto se configuran como herramientas que viabilizan la dialéctica teoría-praxis, conocimiento y transformación.

Sin embargo, cabe destacar que, en vez de hablar de método o focalizar en las cuestiones metodológicas, la interpelación se orienta a centrar la atención, como colectivos de sujetos, en el proceso que la investigación va poniendo en marcha; teniendo como certeza que es la realidad que apremia la cotidianeidad de los sujetos, la fuente de praxis, de reflexión y de conocimiento. Se trata de mantener una actitud de constante confrontación metodológica, poniendo en discusión cada certeza. En tal sentido, los instrumentos y técnicas elegidas para llevar adelante la investigación deberían ser elegidos en función de la realidad específica de cada territorio: “No se trata de dejar de lado técnicas empíricas de investigación usualmente cobijadas por la escuela clásica (como la encuesta, el cuestionario o la entrevista), sino más bien darle un nuevo sentido dentro del contexto de la inserción con los grupos actuantes” (Fals Borda, 1979: 263). Además de explicitar o hacer visible, en el conocimiento que se produce, el impacto que el instrumento elegido tiene, qué modificaciones genera, a dónde lleva al proceso de investigación

Esta cuestión, nace de la crítica a toda teoría desencarnada que pretenda enunciarse desde un lugar neutro desde el cual “todo” se ve: el conocimiento es pensamiento que se construye necesariamente por y desde el cuerpo, y por ello es un pensamiento situado, implicado, de parte.⁶ De este modo, en lugar de remitirse a interpretaciones del mundo “sacadas de libros” (casi siempre congeladas), contrasta estas interpretaciones con elementos de la realidad concreta y, a partir de ahí, procede de lo concreto a lo abstracto, siempre para volver a lo concreto y a la posibilidad de su transformación. De ahí, la absoluta primacía otorgada en todas las experiencias a la acción, a las prácticas: ya no se trataría, entonces, interpretar el mundo hasta que llegue la hora de cambiarlo (Marx), sino que la interpretación del mundo va

⁶ Emergen en este punto preguntas centrales para la investigación: ¿de qué parte nos colocamos? ¿Con quién pensamos? ¿Con quién generamos conocimiento? ¿en dónde?

siempre asociada a algún tipo de acción o práctica (Approdi y Otras, 2004: P.34).

4- Diálogo de saberes: el sentido común y las resistencias

Si bien no todos/as las personas somos investigadores en sentido estricto, todos/as producen ideas y conocimiento de manera espontánea. Lo importante, entonces, es hacer el esfuerzo de comunicarse, reconociendo ese saber popular y haciéndolo dialogar con el filosófico, pensando que las personas pueden comprenderlo: “El esfuerzo de comunicarse implica, por lo menos, reconocer las posibilidades de comprensión de nuevas ideas por las bases”. (Fals Borda: 2009:285)

Es fundamental “conocer y apreciar el papel que juega la sabiduría popular, el sentido común y la cultura general del pueblo, para obtener y crear conocimientos científicos” por una parte, y reconocer la realidad por otra.

Uno de los pilares centrales alrededor del cual se cristaliza este paradigma alterno es la posibilidad de crear y poseer conocimiento científico en la propia acción que el colectivo desarrolla: en este marco la investigación social y la acción política pueden sintetizarse e influirse mutuamente para aumentar tanto el nivel de eficacia como el entendimiento de la realidad. De lo cual se desprende que: el criterio de “corrección” del pensamiento es la realidad; el último criterio de validez del conocimiento sería la praxis, (entendida como una unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante) y la necesidad de calificar las relaciones entre los investigadores y las bases populares o sus organismos con los cuales se desarrolla la labor política (para evitar posturas “basisitas”), para pensar junto al sentido común pero desde la complejidad. (cf. Fals Borda, 1979)

Sin embargo, el sentido común, entendido como el saber popular, debería ser la base inicial de nuestras investigaciones, donde encontraremos referencia inmediata a los problemas socio-económicos regionales y sus prioridades. “Luego, habrá que llegar con ideas e informaciones a las bases e ilustrar o modificar el sentido común para convertirlo en “buen sentido” (Gramsci)” (Fals Borda, 1979: 284). En este sentido, para Zibechi (2007: 10) “...la tarea principal para los/as investigadores activistas en la actualidad es la sistematización y ‘visibilización’ de las teorías emancipatorias que sostienen estas luchas sociales, en la práctica de la resistencia contra el capitalismo neoliberal”.

5- Utilidad Social del conocimiento y su potencial transformador

Hasta aquí hemos hecho referencia a la investigación definida como una actividad de transformación de lo existente. Actividad que, en tanto lugar de formación y cooperación diferenciada, es al mismo, tiempo producción de conocimiento diferente, experimentación de prácticas organizativas y espacio de re-subjetivación. El descubrimiento de la praxis como elemento definitorio de la validez del trabajo regional es central en tanto viabiliza la construcción de un conocimiento científico producto de la propia acción de los sujetos, pasando éste a ser patrimonio general de los grupos de base y particular de la ciencia social crítica.

Se trata de “ajustar las herramientas analíticas a las necesidades reales de las bases y no a la de los investigadores”. De este modo, dichas técnicas pueden transformarse en elementos “(armas) de politización y formación para todo el colectivo de trabajo”. En definitiva, no resulta conveniente esperar a trabajar con conceptos estables o permanentes que dieran siempre una descripción “correcta, compleja y objetiva” de los hechos, frente a esto, es conveniente buscar soluciones teóricas alternativas que permitan acercarse a la realidad para entenderla y transformarla.

Finalmente, Fals Borda (2009: 284) afirma: “(...) la investigación activa no se contenta con acumular datos como ejercicio epistemológico, que lleve como tal a descubrir leyes o principios de una ciencia pura, ni hacer tesis o disertaciones doctorales, porque sí. Ni tampoco investiga para propiciar reformas, por más necesarias que parezcan, o para el mantenimiento del statu quo. En la investigación activa se trabaja para armar ideológica e intelectualmente a las clases explotadas de la sociedad, para que asuman consciente-mente su papel como actores de la historia. Éste es el destino final del conocimiento, el que valida la praxis y cumple el compromiso revolucionario”.

A modo de cierre de este tercer y último apartado, pero para seguir pensando, consideramos que el desafío de los investigadores, después de más tres décadas continua siendo “abandonar los círculos de seguridad” (Freire), o como, actualmente, plantea Santos generar un conocimiento auto-reflexivo y crítico permanentemente consigo mismo que recupere aquellos conocimientos que han sido dejados de lado, por pertenecer a otras culturas y sectores sociales subalterno. La re-emergencia de la interpelación consideramos que da cuenta de la complejidad de los que podríamos denominar un proceso de emancipación en la ciencia, de

su liberación aquellos presupuestos positivistas que la asfixian y deshumanizan, y nos plantea la necesidad apremiante de que el conocimiento se centre en una forma de construcción que posibilite intervenir en lo real para transformarlo.

En ese sentido, quisiéramos reforzar que:

- no será posible un conocimiento emancipador si no consideramos que una de las tareas del/la investigador social es hacer visible la vida cotidiana, es decir, poner de relieve aquello que vemos pero no registramos: “la tarea de la sociología es pues liberar la realidad subyugada, emancipar la realidad subprivilegiada” (Lechner, 1988: 58).

- es necesario el ejercicio continuo de la auto-reflexión, práctica que no se da en el vacío ni en el pretendido aislamiento del distanciamiento objetivista, sino en la inmersión en el encuentro con otros varones y mujeres que también, desde distintas posiciones y saberes, cuestionan lo dado, las formas de ser y hacer naturalizadas que sostienen el orden desigual de la opresión.

- la producción del conocimiento no pasa por tanto por la novedad en términos de “descubrimiento”, sino por la recuperación de la historicidad y la intersubjetividad de los procesos de indagación sobre la realidad y por la relevancia social que el proceso investigativo y sus resultados puedan tener, lo cual nos remite a preguntar: ¿a quién esta destinada esta investigación? ¿qué quiero aportar con este desafío? ¿desde qué posición estoy pensando esta construcción de conocimiento? ¿qué tiene que ver mi persona con aquello que me propongo investigar?.

BIBLIOGRAFÍA

Balbo, O; Bianco, A (2006). La construcción de la propia experiencia. En: Freire, P. El grito manso. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Capote, Salvador (2008). Hacia una praxis revolucionaria. Disponible en: <http://www.aporrea.org/ideologia/a59674.html>.

Conti, A. y Borio, G. (2004). Nociones comunes, experiencias y ensayos entre investigación y militancia. Madrid: Traficantes de Sueños Útiles.

Fals Borda (1979). El problema de cómo investiga la realidad para transformarla. Bogotá: Tercer Mundo.

Freire P (2002). Pedagogía del Oprimido. Argentina: Siglo XXI.

(2005). Conscientização: teoria e prática da libertação. São Paulo: Centauro Editora.

(2009). Pedagogía de la Esperanza. Argentina: Siglo XXI.

Horkheimer, M (1976). Eclipse da Razão. Rio de Janeiro: Labor do Brasil.

Klimovsky, G y Hidalgo, C (s/d) La inexplicable sociedad. Cuestiones de epistemología de las ciencias sociales. Buenos Aires: A-Z Editora.

Lechner, N (1988). Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política, Santiago de Chile: FLASO.

(1984) ¿Qué significa hacer política? Santiago de Chile: FLACSO.

MTD Solano y Colectivo Situaciones (2002). La hipótesis 891. Más allá de los piquetes. Buenos Aires: Mano en Mano.

Rojas Soriano, R (1999). Teoría e investigación militante. México: Plaza y Valdés.

Sanchez Vasquez, A. (2003). La filosofía de la praxis. México: Siglo XXI.

Santos, B. de Sousa (2002). A crítica da razão indolente: contra o desperdício da experiência. Sao Paulo: Cortez.

(2009). Epistemología del Sur. México: Siglo XXI.

Sirvent M. T. (2004). La investigación social y el compromiso del investigador: contradicciones y desafíos del presente momento histórico en Argentina. Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación Facultad Filosofía y Letras – UBA Año XII, Nro. 22. Pp. 64 a 75. Disponible en:

http://api.ning.com/files/5eTuV6UA*HigDRR0RvhX7Aieg3bWm4q5sGapbr1VLGw/SIRV_ENTLainvestigacinsocialyelcompromisodelinvestigadorVersinFinalIICE.pdf

Zibechi, R (2007). Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento. Lima, Perú: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.